realidad de las observaciones científicas hechas en el subsuelo de nuestro globo. Exploradas las ruinas de la antigua Ilión en una profundidad de dieciséis metros, se atravesaron cinco pisos diferentes. En el ínfimo había cuchillos v otros utensilios de sílice mezclados con joyas de oro, plata y cobre, sin ningún indicio de hierro; objetos de cerámica finamente trabajada y pintada con exquisito gusto; de donde se infiere que el pueblo de esa Troya, fuese ó no la anterior á Príamo, era un pueblo culto. El piso ó capa de tierra que inmediatamente sigue á la anterior en orden ascendente representa un pueblo más moderno, indudablemente, pero más atrasado que el anterior. Schliemann cree haber encontrado en sus ruinas la célebre Ilión de Príamo, descripta por Homero é incendiada por los griegos. Sea de esto lo que se quiera, la decadencia industrial en las casas, en la cerámica, es notoria; abundan muchísimo más los utensilios de piedra, y gran número de alhajas, armas y otros objetos de oro, plata y cobre, inclinaron al explorador á pensar que había encontrado el tesoro de Príamo. El piso tercero, que corresponde acaso á una época histórica, y sucede á dos pisos, de una civilización muy adelantada, presenta todos los caracteres de haber servido de asiento á un pueblo que vivía en la edad neolítica. Las casas son miserables; los objetos de piedra abundantísimos y toscamente trabajados, á excepción de unas tijeras de diorita: la cerámica grosera, aunque conserva el tipo de los pisos anteriores y los emblemas de la raza aria, que sin interrupción fué la pobladora de ese clásico sitio; halláronse dos liras de piedra y una de marfil, y es dudosa la existencia de los metales. En el piso cuarto las casas eran de madera, muy inferiores, por lo mismo, á las de los pisos anteriores, que eran de piedra. La alfarería, rara y grosera; los instrumentos de sílice, relativamente excesivos y poco notables, si se exceptúa una sierra admirablemente trabajada; abunda, por el contrario, el metal en lanzas, cuchillos y clavos. El último piso encierra los restos de la Troya de los griegos, que pertenece al dominio de la historia. De este interesante estudio, que tanto ha contrariado á la revista órgano de las ideas preconcebidas de Mortillet y Cartailhac ¹, deduce dos conclusiones el inteligente é ilustrado Marqués de Nadaillac: 1.ª Que en las excavaciones de Troya aparecen confundidas las edades de la piedra y del bronce; 2.ª Que los pueblos que allí se sucedieron, lejos de seguir la progresión antropológica-industrial, decayeron de la cultura primitiva, apareciendo mucho más adelantados los antiguos que los modernos ².

12. Así discurre Nadaillac en vista de las exploraciones llevadas felizmente á término por Schliemann en Hissarlik, y Mariette arguye en el mismo sentido, ocupándose en la historia de Egipto, conocida hoy mejor que la antigua ciudad famosa de Príamo y de Homero, gracias á los trabajos y descubrimientos del mismo Mariette, de Champollión, Lepsius, Brugsch, Maspero, Rongé y demás egiptólogos. El imperio antiguo de las orillas del Nilo, que se supone anterior á Jesucristo en cuatro mil años, alcanzó civilización más desarrollada que la de muchos imperios posteriores, incluso el de los lágidas y los romanos, que no levantaron pirámides. "Diríase—observa Renán—que esa raza, pobladora de Egipto en tan lejana época, llegó al valle del Nilo con civilización formada, con historia, artes y conocimientos adquiridos, con todo lo que forma un gran pueblo., Nada de edades prehistóricas en ese país de esfinges y de jeroglíficos, nada de épocas paleolíticas ó neolíticas, sino en un barranco del monte Sinaí, y eso después de dos mil quinientos años de brillante civilización. Decae la primitiva civilización de Egipto por espacio de cuatrocientos años; surge

2 La Controverse, Octobre, 1881.

¹ Materiaux pour l'histoire de l'homme, primera revista antropológica, fundada por Mortillet y cedida á Cartailhac.

otra nueva y diferente con la dinastía tebana, llamada de los Entef (XI): otro eclipse más ó menos general durante la invasión de los Faraones Hiksos ó Pastores, hasta que, expulsados éstos ó sometidos á los indígenas (XVIII), renacen las ciencias, las artes, la industria y la gloria militar, personificada en Ramsés II ó Sesostris, y grabadas en los jeroglíficos. Otra profunda decadencia — frescos aún los laureles conquistados por Ramsés,—que pone en manos de Cambyses la patria de los antiguos Faraones y de las inmortales pirámides.

No hay, pues, progreso continuo en la civilización egipcia, que nació allí adulta, como no lo hay en Nínive y Babilonia y demás ciudades que tuvieron su asiento en las llanuras del Senaar, ni en Grecia y Cartago, emporios en otro tiempo de las bellas artes, de la filosofía y de la opulencia mercantil. No encontramos ese progreso continuo en la civilización musulmana, que se halla en completa decadencia respecto á las ciencias, las artes y la filosofía, en que tanto brilló en los siglos medios, ni menos en los pueblos americanos y de las islas del Pacífico, encontrados por los españoles en un estado de miserable decadencia, próxima al salvajismo, siendo hoy indiscutible que algunos de esos pueblos, Perú, Méjico, las islas de Pascua, Sandwich, las Marquesas, Taiti y otras, habían atravesado por un estado de civilización muy superior, en época anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo.

13. Estos y otros hechos, no biblicos, sino históricos y científicos, reducen á menudo polvo la reciente hipótesis de que el hombre, intelectual é industrialmente considerado, haya sido originariamente salvaje, y del progreso continuo de la humanidad en conjunto, para dejarla reducida á determinadas localidades, cuya extensión no es posible determinar aún, en las cuales pasaron sus habitantes por los tres estados de las edades prehistóricas, á consecuencia sin duda

de haber caído de su primer estado de cultura, de esa edad de oro, encarnada en las tradiciones filosóficas, mitológicas y religiosas de todos los pueblos. Y la razón y la experiencia vienen en apoyo de los hechos científicos é históricos para demostrar que el estado salvaje, lejos de envolver un principio de civilización, necesita absolutamente del contacto de hombres ó de pueblos cultos para adquirir un grado, siquiera sea poco importante, de progreso industrial, científico, artístico ó moral. Jamás se ha visto que una tribu salvaje se haya levantado por sí misma de su postración intelectual ó moral, mientras que abundan los ejemplos de pueblos que pasaron de la civilización á la decadencia y á la barbarie, que es considerada por muchos sabios de ingenio peregrino como el resultado de una civilización extinguida.

14. Oigamos, en confirmación de este juicio, la autoridad algo severa de Schelling: "Entre los numerosos sistemas falsos y huecos que han visto la luz en los tiempos modernos, es preciso colocar ante todo esas pretendidas historias de la humanidad que toman sus ideas, acerca del estado primitivo de nuestra especie, de las descripciones que nos hacen los viajeros del estado de barbarie de los pueblos salvajes. No existe barbarie que no sea el resultado de una civilización extinguida. Los pueblos que viven hoy en estado salvaje, formando solamente tribus, cayeron en ese estado porque, al separarse del resto del mundo, se vieron privados de los medios de civilización que poseyeron en otro tiempo, 1. El alma, á pesar de sus fuerzas naturales, ó mejor dicho, como consecuencia de esas mismas fuerzas, ha menester de un medio ambiente que las excite, que las reduzca al acto, que les suministre la materia de sus operaciones y sea á manera de semilla que fecundice esa tierra apta para

¹ Reusch, La Bible et la Nature.

la producción. "Es una verdad, dice Wartz, que el alma humana no lleva naturalmente en sí misma tendencia alguna al progreso, ni hacia su propio desarrollo. La doctrina moderna de un desarrollo espontáneo del alma, lejos de ser una verdad necesaria, no es siquiera una opinión sostenible, sino un delirio de la imaginación que halaga la vanidad del hombre, pero que se opone á la verdad de los hechos y á la historia de la civilización. El pensamiento del hombre engendra, sin duda, y conserva la civilización; pero ese pensamiento civilizador no nace de sí mismo, ni se verifica espontáneamente, ni es el resultado de una inteligencia particular: consiste en la energía de los individuos de una misma sociedad para comprenderse unos á otros y apropiarse mutuamente sus ideas...

15. Apreciaciones son estas que confirman, en nombre de la ciencia, las enseñanzas bíblicas sobre el estado del primer hombre, salido de las manos de Dios física y moralmente perfecto, como jefe y cabeza de todo el linaje humano. De los dos primeros hijos de Adam se nos dice que uno fué pastor de ganados y otro agricultor, profesiones que suponen un grado de cultura superior al de la edad paleolítica; que Caín edificó un pueblo, y, por lo tanto, que no vivían aquellos hombres en cavernas, cuevas ni abrigos naturales; que Túbal inventó la cítara y Tubalcaín trabajaba el bronce y el hierro. Mil años por lo menos más tarde, los israelitas, testigos de la civilización de los Faraones y que formaban un pueblo compacto é informado por la incomparable legislación de Moisés, que fundían un becerro de oro con las joyas de sus mujeres y construían el gracioso y artístico tabernáculo que describen los libros santos, esos israelitas cumplían la ley de la circuncisión, sirviéndose de cuchillos de piedra, que, según el testimonio de los Setenta, fueron depositados en la tumba de su caudillo Josué, y allí encontrados y reconocidos en 1870 por el eminente hidrogeólogo abate Richard ¹. Nueva prueba de que una estación paleolítica ó neolítica no es un cronómetro absoluto del estado de cultura del pueblo á que pertenece, y menos aún de que la humanidad haya necesariamente iniciado su evolución progresiva partiendo de esa civilización rudimentaria.

16. Así lo comprendió B. Saint-Hilaire al hacer el siguiente argumento, cuya justeza apreciará todo el que se halle exento de preocupaciones de escuela. "Una de dos dice: - ó el hombre principió como hoy, ó principió de otra manera; ó nació niño, ó nació adulto. Por lo que á mí toca, creo firmemente que en el origen de las cosas el hombre nació adulto, y tan perfecto como puede serlo. La razón es porque el hombre adulto se basta á sí mismo y puede vivir, mientras que si hubiese nacido en estado de infancia hubiera infaliblemente perecido. No es más comprensible la creación de un adulto que la de un niño; mas ya que naturalmente sea tan imposible una cosa como otra, concíbese que el género humano haya podido perpetuarse si el primer hombre fué un adulto, mientras que no hubiera subsistido un solo día si suponemos que el primer hombre fué un niño, con todas las debilidades y peligros mortales que rodean á la infancia abandonada á sí misma. En la hipótesis del adulto, hay un solo misterio, ó si se quiere un milagro; en la hipótesis de la niñez, hay dos: el origen y la conservación. La ciencia, guiada por la lógica, debe, por lo tanto, aceptar en este punto la solución del Génesis, no á título de dogma, sino en nombre de la razón, que no puede resolverla de otra manera, y no debe declararse impotente para resolverla, ni menos declarar la cuestión indiferente, porque la ciencia sólo debe detenerse donde se detiene la razón, y creo que la razón puede llegar hasta esa indicación extrema, partiendo del hecho incontestable y casi natural de que el hombre

¹ Moigno, Les Splendeurs de la Foi, tomo III, pág. 1.195

adulto puede bastarse á sí mismo y el niño no..... La geología ha probado que hubo un tiempo en que el hombre no existía, apareciendo después en un momento dado. ¿Puede concebirse que apareciera en condiciones en las que fuera imposible la continuación de la vida?, ¹

17. Es hora de resumir cuanto enseña la antropología prehistórica respecto al estado primitivo del hombre, para que se vea su concordancia con las enseñanzas de la fe en los escasos puntos de contacto que tienen esas dos fuentes de conocimientos, según la atinada observación de Lenormant 2. Para conseguirlo condensaremos las conclusiones deducidas por el ilustre Cardenal González, ya que aspiramos á reunir en nuestro modesto trabajo el doble prestigio de la ciencia y de la autoridad para constituir una síntesis de apología científica. Dice así el eminente filósofo y purpurado: "La teoría según la cual el estado ó condición originaria de la humanidad fué el estado salvaje, estado del cual salió en virtud de la ley del progreso continuo, considerada en absoluto, ó sea con relación á la humanidad en conjunto, en sus primeros pasos, carece de fundamento científico y es menos probable que la contraria á los ojos de la razón natural, de la ciencia y de la Escritura misma.... La teoría expresada sólo es admisible con relación, no al género humano en conjunto, sino á alguna parte ó rama del mismo, como la que en nuestra Europa atravesó las edades arriba mencionadas, comenzando por la paleolítica. Lo más probable en la materia, lo más conforme á la razón, á la ciencia y á la Biblia, es que el estado de los primeros hombres, de las primeras familias ó generaciones humanas, no fué ni una civilización perfecta y adelantada, como pretende la escuela del autor de las Veladas, ni el salvajismo puro, como quiere el autor de los *Origenes de la Historia*, sino un estado de civilización relativa. En algunas regiones más ó menos extensas de Europa el hombre vivió sucesivamente en la edad paleolítica, en la neolítica, en la del bronce y en la del hierro, las cuales épocas revelan y marcan otras tantas manifestaciones del progreso industrial del hombre; pero aparece muy probable que esas edades no se desarrollaron en la misma forma en Oriente, donde el metal y la piedra aparecen usados simultáneamente desde la más remota antigüedad., 1.

18. Hemos observado que la antropología prehistórica no tiene por objeto al primer hombre, sino á los primeros hombres, á las primeras familias que legaron á la posteridad indicios y restos de su estado de civilización, y que en este concepto la fe no se halla ni interesada ni comprometida en las conquistas de esa ciencia que apenas balbuce y ya siente desaliento, toda vez que los descubrimientos se reproducen con monotonía desesperante. Aun así, en vista de que en Egipto y en los países de Asia, que fueron teatro de grandes civilizaciones precristianas, no se han encontrado hasta hoy datos seguros, ni siquiera indicios de la existencia de esas tres épocas prehistóricas y de la marcha ascendente del hombre al través de ellas; ante la insistencia de los antropologistas en afirmar que las evoluciones ascendentes de nuestra civilización prehistórica occidental se deben casi siempre á la inmigración de una raza procedente de las regiones del Este; "aun prescindiendo de las indicaciones bíblicas, y ateniéndonos únicamente á las científicas, es muy probable que una región más ó menos central de Asia, en la que se verificó la primera aparición del hombre, según parecer casi unánime de sabios é ignorantes, fué como el foco primitivo del cual irradiaron paulatina y suce-

¹ Berthelemy Saint-Hilaire, Journal des Savants.

² Lenormant, Les premières civilisations, tomo I

Cardenal González, Primer Congreso nacional, etc., tomo 1, pág. 287.

sivamente las civilizaciones que vemos aparecer desde tiempos remotísimos en la India, Mesopotamia y Egipto, sin que el hombre se viera forzado en estas regiones á pasar sucesivamente por las edades de la piedra, del bronce y del hierro, á la vez que por el estado salvaje que suponen algunas de ellas, especialmente la paleolítica, ¹.

Así confirman las ciencias las indicaciones bíblicas y las enseñanzas tradicionales de la Iglesia católica, aun en materias que substancialmente no pertenecen al dogma. Éste no quedará quebrantado aunque la arqueología prehistórica logre generalizar sus conocimientos y probar que todas las sociedades históricas pasaron por ese noviciado de civilización infantil: el pecado original, al derribar al hombre del pedestal primitivo sobre el cual le había colocado la bondad de Dios, causó en él tan profunda perturbación, que apenas hay miseria que no le sea connatural en cierto modo desde aquella fecha nefasta.

19. Creemos además que conviene establecer una distinción esencial, y comunmente olvidada por la escuela naturalista contemporánea, entre la civilización material, que implica la satisfacción de las necesidades y comodidades más ó menos refinadas de las sociedades envejecidas, y la elevación moral y la cultura intelectual, que se puede perfectamente conciliar con la industria rudimentaria y los medios de acción primitivos de que disponían los primeros hombres para satisfacción de necesidades físicas poco desarrolladas. Adam y Eva, antes del pecado, andaban desnudos, sin avergonzarse, porque no sentían el estímulo de la concupiscencia carnal. ¿Eran salvajes? Indudablemente que no, pues aparte de los dones naturales, se hallaban adornados de la gracia santificante, que los elevaba moral é intelectualmente por encima de las condiciones normales de la naturaleza.

La penuria, pues, de medios de acción material no implica necesariamente el salvajismo, ni la ausencia de las condiciones morales de la civilización. El estado salvaje resulta de la degradación de los pueblos que han perdido precisamente esas nociones de elevación moral que constituyen el nervio, el principio y el alma de toda sociedad culta. Y si es un hecho incontestable, como más arriba se ha observado, que los pueblos caídos no vuelven á la civilización y al progreso propiamente dichos sin el concurso de otras sociedades civilizadas, esta verdad, fácil de verificar en nuestros días, resulta confirmada asimismo por los descubrimientos etnográficos y prehistóricos de los tiempos primitivos, que nos revelan en cada progreso de los útiles industriales de las razas occidentales la influencia de inmigraciones extrañas ó del comercio con pueblos más ó menos vecinos. Y nos revelan además que, mientras nuestros remotos antepasados de Europa no conocían otros útiles, armas ó instrumentos que los de piedra y hueso, florecían en Egipto, Caldea y extremidades del Oriente civilizaciones más perfectas, sin que haya pruebas fehacientes de que estos últimos pueblos hayan recorrido las etapas de esa cultura poleolítica.

20. Ni siquiera podemos afirmar que nuestras razas neoliticas y aun paleolíticas hayan sido salvajes, en la acepción que da á esta palabra la escuela naturalista; antes algunas de ellas se habían elevado á la concepción del arte, como lo manifiestan los instrumentos decorados que han llegado hasta nosotros; y otras tallaban y pulían la piedra, fabricando con ella objetos de lujo; y lejos de vivir exclusivamente de la caza y de la pesca, cultivaban los campos, tejían vestidos, construían viviendas, y nada nos autoriza para afirmar que estuvieran desprovistos de la cultura moral é intelectual, que es la cifra de toda civilización y progreso. "El hombre cuaternario — dice el Presbítero Thomas, Vicario general de Verdun, — á pesar de su inferioridad, no era un salvaje.

¹ Loc. cit., pág. 268.

La inteligencia de que ha dado pruebas, los instrumentos que ha fabricado para su uso, su misma manera de vivir, no permiten ningún paralelo entre él y las poblaciones desheredadas de Oceanía, de Australia y de Nueva Zelandia ¹.,

21. Concluyamos, observando con un apologista de nuestra patria, que la observación y la experiencia, así contemporánea como prehistórica, se niegan á confirmar las gratuítas afirmaciones de Büchner, Vogt, Broca, Archyac, Schaaffhausen y demás sostenedores del origen salvaje del hombre, y su ascensión por recursos meramente propios al estado de civilización de que disfruta en el siglo xix. Arrojado del paraíso y condenado á ganar el sustento con el trabajo de sus manos; en lucha con una fauna, con una flora v con un clima contrario á sus aspiraciones; sin conocimiento de las artes, sin viviendas, sin armas y sin instrumentos, se hallaba en cuanto á la industria en un estado rudimentario; pero conservaba la inteligencia, facultad debilitada, pero no diferente en su esencia de aquel soplo divino que animó el cuerpo del primer hombre formado de la tierra. Las ramas, separadas del tronco primitivo y más ó menos aisladas del centro común de la humanidad en sus frecuentes peregrinaciones, han perdido también el patrimonio hereditario de verdades intelectuales y morales y degradádose hasta un estado salvaje; pero junto á la cuna de la humanidad permaneció una raza privilegiada que conservó con más fidelidad la luz primitiva y la irradió posteriormente á todos los ámbitos del universo 2.

§ III

La antigüedad del hombre según la ciencia: el hombre terciario.

1. El período eolítico de Mortillet.— 2. El anthropopithecus y el Dryopithecus.— 3. El hombre terciario.—4. Los descubrimientos de supuestos utensilios.—5. Diferentes yacimientos de la época terciaria.—6. Examen crítico por Arcelin.—7. El yacimiento de Monte Aperto.—8. Juicio de Mortillet y de Nadaillac.—9. Las diferentes tallas de la piedra.—10. Examen de los sílex hallados en el terciario.—11. Los descubrimientos de Ribeiro.—12. La ciencia desconoce aún al hombre terciario.

1. Mortillet introdujo en la edad de la piedra un nuevo período al cual llamó eolítico ó de la piedra estallada por el fuego, en el cual coloca algunos objetos fósiles del sistema terciario, con caracteres equívocos de talla intencionada. Relacionándose este punto más con la antigüedad del hombre que con su estado de cultura, nos ha parecido que el pretendido período introducido en la edad de la piedra eolítica debía discutirse separadamente, y sólo con el fin de indagar si ha existido ó no el hombre mioceno y hasta el eoceno. Cuestión es esta que ha agitado profundamente los espíritus en estos últimos años, y hecho vacilar las convicciones de sabios eminentes, á quienes se hacía ver que, si los sílices procedentes de la época terciaria presentaban, como se afirma, señales inequívocas de haber sido retocados por un sér inteligente, era preciso, ó conceder al hombre una espantosa antigüedad haciéndole coetáneo de los grandes animales antidiluvianos cuyos restos se hallan al lado de los útiles de su industria, ó admitir la existencia de un animal más ó menos inteligente, que hubiera sido el precursor del hombre. El Presbítero Fabre d'Envieu, renovando la abandonada teoría de La Pereire, admitió la existencia de un hombre anteadámico, extraño á la humanidad actual, á

¹ Les temps primitifs et les origines religieuses d'aprés la Biblie et d'aprés la science; París, 1890, tomo II, pág. 59.

² P. Saja, Harmonias entre la revelación y la ciencia. Madrid, 1890.